



LIT
RA
RIA

Réginald Gaillard

LA PARTITURA INTERIOR

Literaria

16

Serie dirigida por Guadalupe Arbona

Réginald Gaillard

La partitura interior

Traducción y notas de José Antonio Millán Alba



Título en idioma original: *La partition intérieure*

© Edición original francesa: groupe Elidia. Editions du Rocher, Mónaco, 2017

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2019

© Traducción y notas: José Antonio Millán Alba

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-9055-968-0

Depósito Legal: M-11961-2019

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

«Si, para probar la verdad, pones la mano en el fuego, te la quemarás. Pues la verdad es que el fuego quema. La verdad de la que quieres dar testimonio no está en tu mano. Está en el fuego. No se da testimonio de la verdad sin quemarse. Las brujas no se queman. Los santos sí.»
José Bergamín, «La mano en el fuego»,
El clavo ardiendo, Ed. Ayma, 1974



«¿Quién eres tú, muchacha, y cuál es la parte que Dios se ha reservado en ti...?»
Paul Claudel, *La Anunciación a María*, Prólogo, París, Gallimard, Colección de la Pléiade, 1996, p. 13

EL TIEMPO DEL SÁBADO SANTO

Cae la noche; la muerte recubre con una nieve sin luz las palabras y las notas de música de aquellos a los que he amado en este pueblo y que, por falta de vigilancia de los vivos, se han perdido en el silencio. Estamos en el Sábado Santo de 2012; espero la victoria sobre la muerte —tengo tiempo—. Solo deseo volver a darles algo de vida mediante el recuerdo que guardo de ellos. Devolverlos a la luz del día que han dejado.

Hablar de nuestros muertos los lanza al anonimato, el de todos los muertos, como si nuestras queridas personas desaparecidas hubiesen sido sacrificadas, por su desaparición, a un conjunto vago y común llamado la Tierra, espacio habitado, pero mantenido a distancia por los vivos. Hablar de «aquellos que han partido» —fórmula tan púdica—, resulta oscuro y sospechoso. Los vivos solo evocan a los muertos en voz baja, con compunción, con la cabeza gacha, no porque teman despertar o animar algún mal espíritu, sino porque saben que también ellos alimentarán un día el olvido y el vacío, que son la materia impalpable de lo que fue, antes de que todo vuelva, quizá, por algún

misterio que escapa al entendimiento, desarticulando con ello unos discursos que no habrán sido sino delirios sobre el fin último, vanas logorreas de una razón ya solo sometida a sí misma. El orgullo reina como dueño y señor, y yo mismo no estoy seguro, por muy sacerdote que sea, de escapar a su dominio.

En este pueblo del Revermont¹ he sido el testigo privilegiado de la vida de dos figuras que tuvieron en común creer en el milagro posible de una lengua por inventar, para decir lo que a nuestro alrededor es tanto visible cuanto invisible, lo que era y lo que viene, lo mismo pero a la vez renovado en cada ocasión, lo extraordinario y el gesto más común, lo puro y lo impuro, lo feo tanto como lo bello, el terrible mal y la gratuidad de lo que es bueno, en la más perfecta sencillez.

Lejos de los cenáculos autorizados que había frecuentado en mi primera vida, nunca habría creído en palabras tan seguras de sí mismas, en gestos templados, como se dice del acero, yo, que hoy estoy agazapado bajo la roca de una montaña baja, entre el chapoteo de las aguas que ahora me son caras y el mutismo de los sencillos que prefiero a los charlatanes de las ciudades, no, nunca habría creído comprender aquí, o más bien captar intuitivamente lo que une al mundo mineral, a los seres vivos, y a aquel al que todavía llamo, pese a todo, pese a lo que he vivido, su Creador.

La primera de estas dos personas era una mujer; se llamaba Charlotte. Conocía pocas palabras y solo dominaba imperfectamente su uso; tampoco lograba detener el flujo

¹ El Revermont (de *Reversus Montis*) es una región natural de Francia situada en los departamentos del Ain y del Jura.

que, pese a ella, hablaba en su carne, lo que hacía decir a algunos que estaba «furiosa». A los que la despreciaban, con una sonrisa falsamente cómplice en los labios, como para situarlos en la connivencia, yo les respondía que estaba, en efecto, «encarnada»², referencia a Charles Péguy, pero callaba este nombre a fin de no parecer presuntuoso a los ojos de aquella gente que tenía una verdadera cultura, mientras que yo no había hecho otra cosa que leer y seguir leyendo, persuadido de que mediante los libros comprendería mejor a los hombres, siendo así que eso era solo una etapa, sin duda necesaria, pero con mucho insuficiente. Faltaba el encuentro. Faltaba la carne.

Durante las semanas que siguieron a mi llegada, la gente del pueblo se rio frecuentemente de mí. Ciertamente me respetaban, era su cura, pero se burlaban de mi ingenuidad. No tenía treinta años; era en 1969. No sabía sembrar ningún grano, ni manejar una pala para mantener el jardín del presbiterio, ni siquiera un hacha para cortar madera, siendo así que la caldera era de leña, y menos aún levantar un muro de piedras.

Aprendí todo eso, al hilo de los años, merced a la ayuda de aquellos campesinos. Solo sabía leer y decir misa. Por eso había sido elegido: para mantener el curato de este pueblo, pero comprendí bastante pronto que eso no era lo esencial para acompañar a aquellos que me habían sido confiados.

La segunda persona, Jan, era compositor. Me desconcertó e hizo que mis cimientos temblaran hasta el punto de hacer tambalear mi fe. Escribía sin descanso, noche y

² Juego de palabras entre «chair», carne, y «acharnée», encarnizada, furiosa.

día, indistintamente, pues, para él, la alternancia de la luz y la oscuridad ya no tenía sentido, sobre todo durante los últimos años de su vida, en los que le he visto abandonarse al delirio de su creación sin aceptar la ayuda de nadie. Solo los sonidos y el ritmo, solo una emisión sonora del tiempo eran para él constitutivos de la vida misma. El resto dependía estrechamente de ello.

La herida de una lengua imposible sobrevivió y obró en Jan y Charlotte, herida que ellos llevaron, consciente e inconscientemente, como la esperanza de una culminación, quizá de un reino. Ello fue así, según los momentos, privilegiados o estériles; ello fue así en aquellos dos seres, inspirados o abandonados. Pero, se me dirá, nadie queda nunca abandonado, aunque de esto, a decir verdad, ya no estoy muy seguro...

La que aún me agrada llamar la Providencia, por costumbre de lenguaje, o por fe, ya no sé verdaderamente, quiso que estuviese allí, con la mano en el fuego, mientras que yo, cuando era joven, aspiraba a una existencia enteramente distinta; que estuviese allí, sí, a fin de que asistiese a la mezcla de aquellas vidas y de otras, las de los Gauthier, los Brayard, los Nilly, los Jauge y toda una multitud de la que jamás nadie se acordará, pues ya los recubre la lava silenciosa del tiempo, pero esa obra anónima llevará la promesa de tu firma, Señor, el último día. Que ese día, una vez llegado, puedan no quedar desencantados, pues la mayor parte lo estuvieron a todo lo largo de su miserable vida. Han sufrido tanto, y esperado tanto también. No los decepciones, te lo ruego... Que hayan sido cristianos o paganos, qué importa finalmente: no fueron tan malos, te digo, pese a sus faltas, pese a las palabras insensatas que no

respondían a su pensamiento. He hecho lo que he podido para llevarlos a ti; acógelos pese a todo.

Sin embargo, debo reconocer que si hay un corazón en cuyo misterio no he podido penetrar, ese es sin duda el de Charlotte. A todo lo largo de estos años se me ha escapado, como el agua del río que siempre intento retener con la ingenuidad de un niño. No sé si le he sido de alguna ayuda. Me doy cuenta de que nunca he sabido nada de la eficacia de mis gestos, ni con ella, ni con mis otras ovejas de otro rebaño, pero tu estabas allí, Señor, no lo dudo, eficaz. Lo esencial no me pertenece, ni a nadie.

El comienzo del relato de estas vidas hubiera podido también ser este: «En un momento inicial, en un pueblo, se ha jugado lo trágico de nuestras vidas entre el silencio de una loca y algunas notas de música dispersas en el espíritu de un hombre loco». Pero ya no estoy seguro de nada, salvo de la riqueza que me han aportado aquellos con los que me he cruzado en este pueblo, y más particularmente Jan y Charlotte, que me fueron tan queridos. Vivir a su lado fue la experiencia de un comienzo continuo, junto con el sentimiento de estar en una brecha abierta, en el frente de una guerra intestina, interior, avanzando a medida que esa línea fugaba hacia lo desconocido del precipicio.

A LA SOMBRA DE LA CRUZ

En el mes de octubre de 1969 llegué sin pena ni gloria a Courlaoux. Ya no recuerdo ni el día ni la hora, que carecen de importancia. La luz que aplastaba entonces el pueblo habría sin duda podido ser la del primer día del mundo cuanto la del último. Lloraba de miedo tanto como de alegría, consciente de que lo que comenzaba aquí sería crucial. Perdonadme mi orgullo, Señor... ¿Por qué es siempre necesario que me crea abocado a algún destino particular, yo, que ahora soy solo un simple cura de parroquia, sin otro horizonte que el campanario de un pueblo encogido sobre sí mismo?

Era otoño en pleno verano, una tarde que olía a muerte: la aspiraba y la sentía rondar a mi alrededor. Esta fue mi primera impresión cuando deposité mis maletas de ciudadano en el andén de la pequeña estación. Fui el único en bajar del tren. El jefe de estación, un buen hombre congestionado y tripudo, embutido en su uniforme de una talla menos, me miró de arriba abajo, tan desconcertado como intrigado por ver apearse en aquella estación a un joven endomingado. Cuando vio mi alzacuellos, sus ojos,

empañados por el alcohol, se iluminaron y me dirigió con voz ronca y torpe un tímido: «padre», procedente del fondo de sus entrañas, que me hizo pensar que no se había cruzado con un sacerdote desde hacía un tiempo que él mismo no sabría decir.

Según las indicaciones que me dio por teléfono la víspera una parroquiana, me quedaba alrededor de un kilómetro por recorrer antes de llegar a la iglesia y al presbiterio. La voz de aquella mujer había traicionado su edad. Debía estar en la sesentena, quizá más. Había sido amable y precisa en sus informaciones, pero yo no llegaría a decir que había mostrado mucho entusiasmo ante la idea de acogerme, de lo que iba a darme cuenta bastante pronto. Prueba de ello fue también la impresión que tuve cuando cortó nuestra conversación con tres expresiones, de un modo bastante seco para mi gusto: «Hasta mañana. Ya está. Eso es todo». Más tarde comprendí que en aquella región las relaciones humanas no se empachaban con los melindres urbanos, lo que no quería decir que carecieran de profundidad y atención, sino que iban a lo esencial, eficazmente, desnudas de toda expresión sentimental, signo incontestable de debilidad.

Era el final del día, sí, ahora me acuerdo, y el bosque, sobre la línea azul de la primera meseta del Jura, bebía un cielo ensangrentado. Llevaba una maleta en cada mano, una con vestidos y otra con papeles y libros. No me esperaba nadie en la estación; me sorprendió, incluso me decepcionó, pero ocultaba tanto mi decepción como mi sorpresa al jefe de estación preguntándole en seguida, lo más naturalmente posible, por el camino más corto para llegar a la iglesia: «es muy sencillo, me dijo; al salir, sube

usted por la carretera de la izquierda y en cuanto llegue a la primera curva verá el tejado de la iglesia». Tuvo un momento de duda. Le sentí molesto cuando me inclinaba para coger mis maletas: «¿Va usted a pie? Si quiere, puedo telefonar al pueblo; alguien vendrá a recogerle». «Está bien así, se lo agradezco», respondí con dulzura, con una voz que no me conocía. Y, tras un nuevo momento de duda, más largo que el primero y más incómodo, cuando yo ya había dado algunos pasos hacia la salida y él me seguía de cerca, oí: «Eh... dígame... ¿es usted el nuevo párroco?» «Sí», le dije simplemente, con el rostro átono por la fatiga del viaje, pero que se ajustaba también a la impresión que quería dar. «¡Ah, bien!», concluyó, inclinando la cabeza como para ratificar la noticia y, quizá, lo que en aquel momento me gustaba creer, para darme la bienvenida.

Al salir de la estación no había nada; nada más que campos, bosquecillos, setos tupidos y nunca podados. A la derecha, sin embargo, a través de los árboles que flanqueaban la vía férrea, adivinaba a lo lejos una granja, la primera de una aldea cuyo nombre todavía no conocía, Nilly, y que durante mucho tiempo he asociado al *nihil* latino.

Un olor acre a estiércol y purines se mezclaba con el de los aceites y el gasoil procedentes del tren, y también, anejo a la estación, del pequeño garaje que atendía tanto a los trenes cuanto a tractores y coches. Tras una indisposición pasajera, me recuperaba dándome ánimos y asegurándome que el final estaba cerca, así lo creía sinceramente, aunque no sin amargura. A todo el mundo le está reservado un calvario; aquí estaría el mío. Estaba seguro de ello.

Mientras andaba, lenta y pesadamente, oía el rumor del río abajo de la carretera, con la despreocupación y

la fuerza de ese tiempo largo que aplasta a los hombres. Tendría que vivir en el corazón de aquel pueblo de mujeres viejas y de casas modestas y sin gracia, cuyos habitantes iban a trabajar a la ciudad. «Si no hago nada, me moriré de aburrimiento aquí», me repetía a lo largo del camino.

En este, solo oía el río, o más bien no quería oír sino sus aguas agitadas, y me cerraba a cualquier otra forma de vida. Subía azorado la estrecha carretera departamental que me llevaba al centro del pueblo, sin oír los gritos de los niños que jugaban en el patio de las granjas, que corrían tras las gallinas, o daban patadas a un balón reventado. Los veía, sí, pero no los oía. Eran cuatro, y ahora corrían unos tras otros como perros enloquecidos excitados por el juego y la libertad. Por los rasgos de las caras y el movimiento de los labios adiviné que gritaban. Pensaba que se dirigían insultos cuyo sentido yo no conocía... absurdo... Al lado de su casa, un perro guardián, sujeto con una pesada cadena enrollada alrededor del tronco de un castaño, ladraba, furioso, intentando desenganchar las mandíbulas. Él también corría, como una bestia, olvidando su atadura y, cuando esta se tensaba, se elevaba un buen metro y caía pesadamente, levantando una nube de polvo; luego volvía a lanzarse de nuevo, espumeando, más colérico a cada intento, hasta que la fatiga, imagino, le deja por tierra, como muerto. Le adelanté, aterrorizado, intentando disimular mi miedo para que no lo sintiese, pero sabía que era inútil porque el miedo tiene un olor que los perros no ignoran; al menos es lo que me decían de niño para que superase mi terror ante un animal.

A mi alrededor todo sucedía con lentitud y sin ruido. Incluso las fauces del perro, que se abrían y se cerraban

con la violencia de un hacha, no producían ningún sonido. Yo rezaba, aunque sin efecto, para que aquella pesadilla terminara. Me refugiaba en el fragor pedregoso del río, cuyo canto se incrustaba en el aire y, a su manera, me susurraba que todo estaba en calma, incluso en la tragedia; que había que volver a la esperanza, aun en el estiaje espiritual; que el tiempo de las aguas vivas no dejaría de volver, como cada año... Paciencia, paciencia; aprender de nuevo la lentitud. Volver a tomar el camino de la oración. Reanudar las bodas del silencio y la vida.

Marchaba como un autómeta. Mi cuerpo obedecía al deber; un deber al que no había aspirado. Recordé haber deseado morir durante el viaje más que llegar a mi destino.

Después ya no sentí nada, como si hubiera sido privado del olfato tras haber perdido el oído, salvo para el maravilloso canto del río. Incluso el olor tan fuerte del estiércol, que al principio hizo que me indispusiera, ya no me mareaba, cuando tenía el olfato tan fino. Hubiera debido notar también los efluvios de los campos recientemente segados, porque era la estación. Mi cuerpo atlético, en toda ocasión tan seguro, parecía no tener ningún dominio sobre lo que me rodeaba, hasta el punto de que tenía la impresión de no poder tocar nada, de que cada uno de mis pasos era incoherente. De aquí que me esforzase, igual que hacía en mi piso de París, cuando era tarde y andaba sobre la punta de los pies para no molestar a mis vecinos de abajo, por andar del mismo modo, atento a que la gravilla de la calzada no rechinase bajo mis pasos, como si temiera molestar, alterar un orden desconocido, y cuando esto, por descuido, se producía, ese chirrido no se limitaba a perturbar la música del río, lo único que me resultaba delicado,

ÍNDICE

El tiempo del Sábado Santo	7
A la sombra de la cruz	13
Diario de Jan (Extracto I)	35
Charlotte	49
Thomas	73
El bautismo de Charlotte.....	95
El invierno del cementerio.....	119
Jan	135
«Algunas notas de fuego». Diario de Jan (extractos) ...	153
La herida del canto	161
El vuelco de los cuerpos	175
Réquiem. <i>La muerte en llamas</i>	205
Algunas notas de ultratumba.....	211
<i>Dies Irae</i>	225
Epílogo. <i>Y la luz se hizo</i>	233

«En el mes de octubre de 1969 llegué sin pena ni gloria a Courlaoux». El sacerdote parisino Jean ha sido destinado a la Francia rural. Como narrador y testigo, Jean cuenta la historia de dos personas excepcionales: Charlotte, «la loca del pueblo», una mujer de fe cuya relación con la muerte es cercana y ritual, y Jan, un músico holandés, quien huye del dolor de un amor perdido y quiere componer su gran obra. Unidos por una búsqueda espiritual, de transcendencia, ambos procurarán la salvación del otro a través de gestos de amor y belleza, acompañados por la imponencia de la naturaleza: la tierra como lugar de protección, la pureza del agua y el fuego, y el viento como vehículo de melodías y lamentos.

En su primera novela, el poeta francés Réginald Gaillard narra una historia dividida en sus personajes, a su vez fraccionados en su interior, y su búsqueda por volver a armonizar los fragmentos de sus vidas. El título original deja ver el juego de significados: *partition* es tanto partición como partitura.



ISBN: 978-84-9055-968-0

